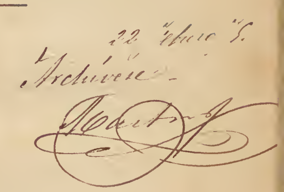
HISTORIA DE UNA MARIPOSA.





HISTORIA

DE

UNA MARIPOSA.

13.

JUGUETE LITERARIO,

ORIGINAL

DE J. A. G.

CÁDIZ: 1873.

TIPOGRAFIA LA MERCANTIL
DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ,
Sacramento 39 y Bulas 8.

A mi querida prima M. J. A.

En prueba de mi afecto.

J.

Jerez, 14 de Setiembre de 1873.

HISTORIA DE UNA MARIPOSA.

Una mariposilla
Picó en tu boca,
Creyendo que tus labios
Eran dos rosas.
(Traduccion de Bouterwch.)

I.

Era una mañana del mes de Abril.

La luna se habia ocultado hacía ya tiempo, y tras ella sus pálidos resplandores. Las tinieblas que sucedieron á su ida, iban desapareciendo como por encanto á la llegada del próximo dia; y extendióse el crepúsculo.

La brisa soplaba dulcemente, y la tierra apareció muda, cual cadáver en el silencio de su tumba.

El sol salió por fin: sus dorados rayos se esparcieron por la superficie del mundo, llenándolo todo de vida y alegría.

El universo despertaba de la prolongada noche del invierno.

El hombre respiró libremente; dilatóse su co-

razon con dulces sentimientos, y brotaron de su imaginacion nuevas ideas y nuevos pensamientos.

El bruto, lleno de vida, corria alegre dejando al aire su rizada crin.

El ave hendia el espacio con su ráudo vuelo, y sus melodiosos trinos resonaban doquier por el ancho firmamento.

El agua se deslizaba pura y cristalina sobre su verde cauce, abrigando en sí miles de revoltosos pececillos.

Los insectos revivian de su letargo invernal.

Los árboles brotaban con vigor, y hasta la inmóvil tierra daba salida á las semillas que encerraba en su seno.

Tan bello panorama se extendia bajo un puro y celeste cielo, sin que la mas pequeña nubecilla manchara su tersura.

II.

Trascurrieron algunas horas todavia.

El calor se desarrollaba mediante la proyeccion de los rayos del sol, y la tierra calmó su febril alegría, cual embriagada de tanta vida.

Mas ésta se acrecentaba por momentos.

Terminaba el invierno, y con él sus hielos, sus lluvias y vientos, en manos de risueña primavera, pronta á lucir sus galas y bellezas.

Verificábase un cambio completo, y semejante á un deshielo general, el aspecto de la superficie se mudaba por minutos.

El movimiento sucedió al quietismo; la vida al sueño; la alegría á la tristeza; el bullicio y algazara al mutismo silencioso.

Este trastorno era agradable á la vista, y en toda la naturaleza humana se hacian sentir sus gratos efectos, produciendo un bien estar y dicha inexplicables.

No era solo el hombre, el que lo sentia; todos los séres experimentaban su benéfica influencia.

En el tronco de un viejo árbol de corpulentas ramas se hallaban depositados desde el año anterior multitud de diminutos hueveci-

llos, que solícita madre allí pusiera. Ellos eran incubados por la accion vivificadora de la naciente primavera. Los insectos se removian en sus respectivos cascaroncillos y ya estaban próximos á salir de ellos pequeñas oruguitas de negruzco color, que pasarán por los diferentes períodos de su metamórfosis.

Una asoma por fin su pequeña cabeza, y tras ella y con algun trabajo el oblongo cuerpecillo: aun parece sin vida, y es que el hambre, su único móvil, no la acosa todavia.

Algun tiempo despues salen otras; mas ella es ya mayor, y se distingue entre todas sus compañeras.

Ya se arrastra ondulante, y sube por el sinuoso tronco del árbol, que la viera nacer, hasta tropezar en el extremo de una de sus ramas con unas frescas y tiernas hojas; estas son su alimento, y las devora con vertiginosa ansiedad; procura nutrirse ampliamente, y con razon; tiene que adelantar mucho en pocos dias; su vida es corta, pero en su breve trascurso ha de cambiar tres veces de figura; es larva ú oruga, será crisalida y terminará siendo ligera mariposa, engendradora de otros seres de su misma especie.

III.

Diferentes aspectos presenta el insecto en los tres diversos períodos de su vida. Nace; y su instinto es alimentarse, y lo hace de una manera extraordinaria: en esta época puede decirse que todas sus funciones se reasúmen en la de la nutricion.

Una vez criado, y cuando su débil cuerpecillo se ha anchado y prolongado respectivamente, formando un hermoso gusano, se dedica asiduamente al trabajo, y con el mismo afan con que antes se alimentara, labra una tela sedosa más ó ménos fina pero siempre admirable, en la que ordinariamente se encierra, cual en una cárcel.

Entónces sufre la primera metamórfosis en su vida, convirtiéndose en inmóvil crisalida el insecto, que antes era trabajador y activo.

Así permanece en ese estado de inamovilidad relativa, hasta que llega el dia feliz de su trasformacion en paloma. Llegado el tiempo prefijado en las leyes de la naturaleza rompe su trabajo, y sale de su prision voluntaria, vistosa en colores, ligera en movimientos y graciosa en su forma. Sale, y vuela sin descanso, hasta que una hermosa flor le llama

la atencion, y comprendiendo entónces lo bellas que son las flores, corre versátil y voluptuosa de flor en flor, despreciando ahora la que ántes apreciara con inconstancia caprichosa.

La brisa es su elemento; la luz su alegría; el murmullo de los rios mezclado con los cantares de los pajarillos, su armonía; las flores, su alimento; sus aspiraciones, ninguna; por eso vive feliz.

Pronto viene el tiempo de sus cándidos amores, y tras ellos vuela graciosa y feliz con puro entusiasmo, hasta que mirando cuidadosa por su prole venidera, busca un lugar seguro donde poner sus huevecillos á cubierto de las acechanzas de sus enemigos y crudezas del tiempo.

Y entónces, libre y sin cuidados muere feliz sobre una flor, como ha vivido.

IV.

*
* *

Aquella pequeña oruguita que vimos salir primera del cascaroncillo, alimentóse tambien con ansiedad indescriptible.

Mas, cosa rara: su cuerpo nunca adquirió el tamaño de sus semejantes; pequeño y raquítico parecia ser un deshecho de su especie; y ni aún su sedosa tela, objeto de asíduos y prolongados trabajos podia competir con la de sus compañeras.

Triste, y como avergonzada de su mísera existencia, encerróse en ella, y allí lloró ciertamente su desgracia.

Convertida en crisalida permanecia sin sufrir la más pequeña trasformacion, cuando ya las otras volaban alegres, batiendo sus ténues alitas sobre un delicioso valle de olorosas plantas.

Habria dejado de existir para no sufrir en su nueva metamórfosis una nueva humillacion?

Todo era posible. Mas quién se ocupaba del pequeño gusanillo, que, oculto bajo la sombra de la desgracia, labrara tela tan inferior y despreciable?

Pasaban dias, sucedíase la luz á las tinieblas,

y los finos hilos de su seda no se abrian para dar paso á la paloma.

No cabia duda: el pobre insecto habria perecido presa de su desdicha.

*
* *

Mas, no: una templada tarde del mes de Mayo, de perfumado ambiente y juguetona brisa, animóse la crisalida, rompióse el mal formado capullo y salió de él una hermosa palomilla.

Apénas vió la plácida luz del sol, que rosado se ocultaba ya tras las cumbres de altas montañas, movió ligera sus plateadas alas y levantó su vuelo, corriendo graciosa de flor en flor, privándolas de su dulce néctar.

Era ligera y caprichosa; hermosa cual ninguna, no conocia sus bellas cualidades, y no las manchaba con el orgullo.

Sus compañeras la miraban humilladas; y hasta las flores, al posarse voluptuosa sobre sus coloreados pétalos, se melinaban admirándola y luego, al alejarse, se alzaban orgullosas, ostentando su dicha.

Pura y candorosa era el tipo de la hermosura.

Sus delicias eran las flores, tras ellas volaba percibiendo su aroma y su perfume.

Era feliz, cual desdichada habia sido en los dos primeros períodos de su vida.

*
* *

Pero asegurar la felicidad en esta vida es un absurdo. Todos los séres que habitan la tierra, bien llamada valle de lágrimas, prueban tarde ó temprano el cáliz amargo de la desgracia.

Es una regla general, eterna é inmutable la negacion de la dicha completa y absoluta en este mundo, y tambien lo es la de su perpetuidad.

Si esto no puede dudarse, tampoco se podrá negar que unos séres son más desdichados que otros. Estos infelices son los llamados desgraciados.

Para ellos si el sol de la dicha resplandece alguna vez, por refulgentes que sean sus rayos, bien pronto se ocultan tras la densa nube de la desgracia.

Nuestro insecto bien podia contarse en el número de estos séres desdichados, que arrastran una vida mísera entre innumerables desgracias.

Nació: y la desdicha seguia fatídica sus pasos, cual negra sombra, sin dejarla un instante.

Hubo, sin embargo, una época en que dió paso á la felicidad; y esta, cual si hubiese estado largo tiempo comprimida, se desarrolló en alto grado, mostrando sus gracias y venturas.

Pero este período habia de terminar bien pronto, como estado anómalo en el infeliz gusanillo, y la desgracia iba á volver, apoderándose del timon de su vida.

Y él no lo sabia, y se creia dichoso y feliz, cuando aquellos mismos dias que le prestaban

alegría habian de acrecentar su futura tristeza, aumentando su desdicha.

Un dia, que caprichosa volaba nuestra bella mariposa por el valle donde nació, meciéndose alegre en su puro ambiente, vió dirigirse en ella con intencion de darla muerte, á un desnaturalizado pajarillo.

Tembló, y sus alitas vibraron convulsas levantando rápido y atolondrado vuelo.

Nublóse el cielo de su dicha y apareció en él la negra nube de la desgracia, amenazando horrible tormenta.

Ya no reparaba en las flores, que poco ántes formaban todo su encanto, y aún se alzaban vistosas, brindándola su suave aroma.

Atolondrada en su raudo vuelo, y perseguida de su fiero asesino, dejó el valle natal, que tanto amaba y del que nunca saliera, trasponiendo las colinas que lo formaban.

Aún era perseguida con sangriento empeño, y ya le faltaban fuerzas, sus alas se movian ménos y cada vez mas cansada, estaba próxima á caer exánime para ser presa de su enemigo.

Ya hacia tiempo que era perseguida sin descanso, cuando ¡oh felicidad! el cruel pájaro se detiene, su instinto le dá á conocer que está léjos del lugar donde sus pequeños polluelos pian sin consuelo, y desiste de su alevoso empeño.

Ha comprendido además la ligereza de su víctima, y lo difícil de su alcance.

V.

*
* *

Habia cesado la tormenta, pero el cielo permanecía aún encapotado, sin dar paso á los claros rayos de la dicha.

Habia terminado la persecucion, pero se hallaba nuestra palomita toda acongojada y triste. Léjos de la alegre comarca donde extendió sus primeros vuelos, no conocia el lugar donde estaba, no encontraba donde saciar su apetito y restaurar sus perdidas fuerzas.

Se hallaba en un terreno de labor; magníficas espigas de dorado trigo se mecian en ondulantes vaivenes, prometiendo halagüeña cosecha, pero ni una débil flor se alzaba compasiva á ofrecerle el alivio necesario.

Alejóse de aquel lugar haciendo un último esfuerzo, y suspirando por su valle, sus flores, sus auras y riachuelo.

Volaba triste, sin norte fijo, ni rumbo alguno.

Su corazon fluctuaba entre la desesperacion y la esperanza. Próxima á caer en la primera, y pronta á perder la segunda movía exánime sus ya cansadas alas.

Ya acongojada caia fatigada en el ardoroso suelo, ya reanimada levantaba el vuelo, describiendo confusos giros.

*
* *

Largo tiempo permanecía en tan angustioso estado, cuando la brisa vino á halagarla frescamente: animóse, dilató sus diminutas pupilas y vió flores lozanas aún más que las de su valle; hermosos pétalos formaban bellos conjuntos que resaltaban sobre el verde follaje.

Figuraos cuál seria su gozo; corrió á ellas y se posó sobre la más caprichosa.

Mas al aspirar su perfume como al libar su néctar grato, no encontró el que tenian las de su comarca. Si en belleza y lozanía las aventajaban no así en su perfume y néctar.

Era un jardin, y las flores cuidadas por la mano del hombre no pueden competir jamás con las que la naturaleza cria en los valles, con las que riegan los torrentes, siembran los vientos, talan las tempestades y crecen libres, ofreciendo en agradable don su perfume y caprichosas formas á Dios que las formó.

Sin embargo, nuestra mariposa restauró sus perdidas fuerzas, sació su apetito y descansó.

Pero lo que nunca podia olvidar era su querido valle: este recuerdo le afligia sobremanera y su único deseo era volver á su morada.

Mas cómo? Esto la entristecia: la idea de volver á encontrarse sin flores le aterraba.

*
* *

Acababa de ocultarse el sol y la noche se acercaba por momentos, sumiéndolo todo en negras sombras.

La brisa se hizo sentir agradablemente, y el calor disminuia.

Todos los seres caian en un estado de postracion habitual, entregándose al reposo.

No así nuestra palomilla. Atormentada contínuamente con la pérdida de su morada determinó poner en obra su deseo de volver á ella, cualesquiera que fuesen los obstáculos que se le presentaran.

Fija en esta idea levantó presuroso vuelo, salió del recinto que ocupaba el jardin, pasó por otros más ó ménos extensos, pero todos esmeradamente cuidados, y al trasponer el último, despues del que creyó ver realizadas sus esperanzas, tropezó con una ciudad.

Esto era nuevo para ella; nunca habia visto calles, casas ni hombres.

Excitóse su curiosidad y penetró por la primer calle, que la casualidad le presentó.

Ella admiraba aquellas grandes moles fabricadas de tierra y piedras y las creia obras de gigantescas y afanosas abejas.

Mas para muestra, aquella calle era bien mala, y algo peor las casas que la formaban. Constituian uno de esos barrios extremos de la ciudad donde vive la clase indigente, si vivir se puede llamar al existir aglomerados, familias por

habitaciones, sin luz ni desahogo alguno, nadando en la miseria y la desgracia.

Sí, en la miseria y en la desgracia; mas ésta última no es exclusiva de la pobreza.

Sutil cual el aire y fatal cual la muerte.

. . . con pies iguales
Huella la casa pajiza
Y los palacios reales. (1)

Un puñado de oro no es suficiente á detenerla.

Si los pobres parecen más desgraciados es porque sus infortunios más materiales son, por consiguiente, más visibles.

El rico tambien bebe hasta las heces el cáliz de la desdicha, y si sus desgracias son ménos ostensibles y manifiestas, no dejan por eso de ser más tristes.

Entre el hambre de un hijo y su deshonra, qué elegiríais?

Seguia nuestra mariposa por aquellas mal empedradas y sucias calles, compuestas de bajas casas, cuyas paredes habian sido blancas y hoy se alzaban oscuras, para sostener pobres techos de mal unidas tejas.

El aire se hacia cada vez más pesado, y el ambiente puro del campo se inficionaba con los miasmas de la ciudad.

Ella, sin embargo, corria curiosa por aquella red de multitud de calles, cortadas por plazas y limitadas por casas que cada vez eran mejores, elevándose compuestas de dobles pisos y lucien-

(1) Imitacion de Horacio.

do aseadas fachadas. Estas eran morada de la clase media, esa clase sin grandes necesidades, ni grandes satisfacciones que permanece oculta formando la mayor parte de la sociedad.

Por fin llegó al centro de la ciudad; calles anchas y limpias, hermosas casas de elevadas y elegantes fachadas eran mansion de la clase alta de la sociedad, tan calumniada hoy dia, y tan sin razon; pues ellos, apostrofados *zánganos de la colmena social* no dejan de ser útiles y aún necesarios á las demás clases de la sociedad. Sin ellos qué seria de éstas? ¿Qué seria del obrero sin que hubiese quien le retribuyese el trabajo de sus manufacturas? ¿Acaso la clase media podria entónces existir? Y esto que ya los vínculos que unen al rico con el proletario no son mas que los del capitalista y trabajador; gracias á que en este siglo de las luces parece haberse sustituido el corazon del hombre por un pedazo de vil metal. Y aún no se han contentado con esto, ni aún con crear ideas que sustituyeran á las antiguas, estableciéndose así un nuevo reinado en que el interés imperase y no el sentimiento, sino que han inventado palabras nuevas y así vemos florecer y estar de moda la palabra filantropía, cuando ha sido desterrada la de la caridad, síntesis de esa gran virtud cristiana, hija de nobles corazones, que une por medio de los tiernos lazos del amor á todos los hombres; que hace que el triste sea consolado por el que es feliz; que el indigente sea socorrido por el que tiene, y aún el enfermo más asqueroso, cariñosamente auxiliado por el sano sin temor se quebrante su salud.

Satisfecha nuestra palomilla y habiendo visto lo que era la ciudad, deseó salir de ella en busca

de su afanado fin; mas apénas salia de una calle entraba en otra, sin poder salir de aquel laberinto, donde la curiosidad la metiera.

Cansada de tanto mover sus débiles alas, y desesperada de conseguir su deseo, se posó en el suelo.

Allí su vida estaba en peligro, cualquiera al pasar podia darla muerte, terminando sus infortunios. Junto á ella sonaba, ora el decidido paso del militar, ora el pausado del hombre honrado; ya el altivo y crujidor del jóven petrimetre ó el delicado y elegante de la jóven; ya el débil é inseguro del anciano, y ella no se movia.

De pronto siente temblar el suelo, y despues oye rodar una berlina al compás del pesado trote de briosos caballos.

Si bien no sabe lo que es, su instinto le demuestra el peligro en que se halla. Fatigada de tan azarosa vida, y cansada de su triste existencia, intenta detenerse para ser víctima de una muerte, quizás más compasiva que su vida; mas un rayo de esperanza vislumbró en su cerebro, y cuando iba ya á perecer bajo el herrado casco de uno de los caballos, levantó el vuelo conservando su existencia.

VI.

*
* *

En el párrafo anterior hemos visto lo que forma una ciudad por fuera.

Infinidad de casas de diferentes hechuras y tamaños; calles anchas y estrechas, largas ó cortas, que desembocan en otras y que cual los rios van á la mar; ellas terminan tarde ó temprano en plazas más ó ménos hermosas ó extensas.

Esto por fuera: por dentro describir una ciudad es mas que imposible; seria hacer la historia de cada familia, aún más, de cada individuo en todas sus relaciones.

Pretenderlo seria vanidad. Una ciudad interiormente considerada es un problema de infinitas incógnitas; un misterio, ó mejor, multitud de ellos.

La vida del hombre seria corta, su ciencia insuficiente. Tendria que pasar de la alegría á la desgracia; de la virtud al vicio; del bien al crímen; y apénas podria decir: «aquí se rie, allí se llora; esta casa es un templo, aquella un lupanar... »

En fin, lo he dicho; seria un imposible.

Mas si verdaderamente es así, no deja de ser

difícil describir separadamente casa por casa, familia por familia. Sin creerlo imposible para otros, me creo insuficiente para ello, y si pretendo entrar en una de ellas es tan solo con el fin de sorprender á las personas que en su interior se hallan en uno de esos momentos en que la felicidad, con su plácida luz, nos deja ver claramente los objetos sin deslumbrarnos ni oscurecerlos.

*
* *

Pasado el zaguan, subida la escalera y atravesada la antesala, nos encontramos en un gabinete regularmente amueblado.

No siendo nuestro fin los objetos, hagamos caso omiso de ellos, y ocupémonos de las personas que en él se encuentran.

Componen dos familias ligadas por los extrechos vínculos de la más sincera amistad.

Mas para proceder con órden dividámoslas en tres grupos. Cuatro niños de inocentes rostros que cual hermosas y frescas rosas rien y juegan, formando castillos con naipes, que apénas llegan á su fin caen por tierra, produciendo una carcajada de infantil alegría. Dos jóvenes de distintos sexos, que piensan sin duda en la felicidad, cuando quizás empiezan á perderla; y por último los padres, cabezas de ambas familias, que, hablando de cosas indiferentes á los dos primeros grupos, echan de cuando en cuando miradas de tierno amor y orgulloso contento sobre sus queridos hijos.

Los primeros duermen y cegados por la venda

de la inocencia no perciben las cosas sino como se les presentan, sin pasado ni porvenir. Los segundos sueñan; para ellos sólo es el porvenir; lo pasado ya murió, lo presente no es mas que un escalon para llegar al porvenir, que siempre miran por el rosado prisma de la felicidad. Los terceros viven despiertos; la esperiencia guia sus pasos; para ellos sólo el pasado existe; su recuerdo les alegra si fueron felices, les consuela si desdichados. Si acaso acuden al porvenir, no es al suyo, es al de sus hijos.

*
* *

Un hecho insignificante al tercer grupo hace variar de ocupacion al primero, y de conversacion al segundo. Acaba de entrar en la habitacion una palomilla de vistosos colores.

Los niños se han levantado dejando esparcidos sobre la alfombra en el mayor desórden los naipes, su anterior diversion; y al verla volar extendidas sus plateadas alas, baten alegres sus manecitas y empinándose todo lo posible gritan graciosos: «mamá, mamá; buena noticia.»

Su madre les responde diciéndoles: «es pecado creer en tales cosas, y que son brujerías;» despues no se ocupa más de la mariposa.

Los hijos, si no chillan ya, desean cogerla, haciendo flotar sus blancos pañolitos sin resultado alguno.

Los jóvenes, sin creer en buenas ó malas noticias comunicadas por la visita de alados animalillos, lo hacen objeto de su conversacion y

variando sobre ese tema se expresan sentimientos, que de otra manera, les hubiera costado algun bochorno decirse.

Satisfecho su objeto, no se ocupan más de ello y hasta los niños, cansados de caza tan infructuosa, vuelven á formar castillitos, que cual las ilusiones del hombre, al llegar á realizarse mueren.

La mariposa habia dado repetidas vueltas á la habitacion: todo lo habia contemplado admirada y si para ella es extraño todo lo que se le presenta á su vista, no deja de agradarle aquella paz y contento engendrado por la felicidad.

La luz que sobre una mesa esparce sus rayos, quebrados por opaco disco de cristal, le hace admirar los conjuntos, describiendo los individuos.

Ella no conoce, pero experimenta la alegría de los niños, la ventura de los jóvenes y la felicidad de sus padres.

En ella habrán ustedes conocido á nuestra pobre palomilla. Se acuerda cuando era feliz, y la esperanza le sonrie, echando un tupido velo sobre sus pasadas desgracias.

*
* *

La encontramos, pues, en ese estado, si no de felicidad, al ménos de calma, en que los infortunios parece detienen su fatal carrera, sin descargar la desgracia sobre su infeliz víctima.

La vemos girar curiosa sobre aquellas personas, que ya no se ocupan de ella.

De pronto se detiene: ha visto algo bello como las flores, que le llama la atencion y le excita su curiosidad. Una atraccion simpática la impele hácia ella, y se posa sobre la cabeza de la jóven.

Era ésta elegante y bella. Sus hermosos ojos demostraban claro talento al par que una sencillez y gracia incomparable: sus rojos labios sonreian graciosos luciendo blancos hilos de preciadas perlas; su fino y abundante cabello caia ondulante en caprichosos rizos sobre su esbelto talle...

Era un tipo ideal. Sus maneras eran tan finas, su modo de hablar tan dulce, su belleza tan atractiva y simpática.

La amabilidad, esa cualidad, ó mejor, ese don comparable á un grato perfume, que rodea las personas haciéndolas tan apreciadas de quien las conoce, nacia en su corazon, brotaba de sus labios y se reflejaba en sus ojos y en todos sus movimientos.

Mas tan bellas cualidades pretendíalas ocultar con inocente modestia, que traidora las hacia mas visibles y dignas de alabanza, cual hace el barniz con los objetos, que léjos de oscurecerlos los anima.

No era raro; pues encontrará en ella nuestra mariposa la hermosura de la rosa, la pureza de la azucena, la gracia del jazmin, la esbeltez del clavel y la modestia de la rastrera y purpúrea violeta.

Sin embargo, su hermosura no lucia con toda su brillantez, sus expresivos ojos parecian velados por plácida luz y toda ella envuelta en misteriosa y triste sombra.

Era la desgracia, ese fatal veneno que se ino-

cula en todas las criaturas al nacer, amargando su existencia.

Cruel, ante nadie se para, y en la contínua lucha que sostiene con la felicidad, sale siempra victoriosa.

No habia respetado su hermosura, ni su inocencia, y se habia apoderado de su corazon, matando sus ilusiones.

Habia llegado la jóven á esa edad en que se sueña, en que se cree uno feliz, y habia sembrado en el campo de su porvenir lisongeras esperanzas que apénas nacieron fueron segadas por negra hoz.

Esto era conocido por la palomilla, y si en ello no se asemejaba á las flores, que creen felices, sin penas ni cuidados, ella habia sido desgraciada, aún lo era, y esto la hacia amarla más.

Entre los seres desgraciados existe una recíproca simpatía una compasion mútua que hace se amen insensiblemente unos á otros.

Son esclavos de la desdicha, y sin duda comprenden lo dura que es su cadena.

Nuestra mariposa admiraba la belleza de la jóven y compadecia sus dedichas.

Sita sobre sus sedosos cabellos se hallaba feliz, pero su cuerpo, tras tantas horas de cansancio y fatiga, estaba pronto á caer desfallecido en una postracion necesaria.

La necesidad mas apremiante se apoderó de ella, que absorta en la contemplacion de la jóven no se cuidaba de sí misma.

Ella la comparaba, sin saber lo que era (pues jamás habia visto hombre alguno) á una prodigiosa flor de múltiple belleza.

En su amado valle hubiera sido con ella el ser

más dichoso, pero léjos de él é instigada por los graves sufrimientos que iban á darla muerte, si no restauraba pronto sus perdidas fuerzas, no podia serlo.

La necesidad la apremiaba cada vez más, y ella no se atrevia á aplicar su pequeña boca, apta para la succion, sobre aquella que cria flor, pues temia que el corazon de ésta, velado por la desgracia, debia manar amarga hiel en vez de dulce néctar.

Decidióse, por fin; si no lo hacia iba á morir instantáneamente, y aspiró.

*
* *

Largo rato permaneció en esta operacion y la felicidad brillaba en sus ojos, movia nerviosa sus ántes abatidas alas y toda ella parecia regenerarse.

Pero apénas se separó, apagóse la luz de sus ojos, pararon sus alegres alas y toda ella quedó sin movimiento alguno.

Habia muerto sin duda.

¿Cuál era la causa de tan extraño acontecimiento?

Al aplicar su diminuta boca sobre los negros rizos de la jóven, creyó aspirar néctar, el más dulce que imaginarse puede, que la reanimaba y hacia feliz eternamente.

Sin embargo, era una ilusion y nada habia aspirado. La excitacion que la produjera el febril entusiasmo de nueva dicha agotó sus fuerzas y dejó de existir.

Habia sido acaso vana ilusion, falta de todo fundamento?

No. La bella jóven fué feliz, y un horizonte de dicha sin fin habiasele presentado al abrir los ojos del sueño de la niñez; pero apénas lo percibió, pardas nubes cubrieron su felicidad terminando con su dicha.

En el momento en que cayeron por tierra sus ilusiones, llenando su porvenir de tristes sombras, angustióse su corazon, pero las lágrimas secáronse en sus ojos, los gemidos se anudaron en su garganta y toda su naturaleza sufrió horribles contorciones.

Luchaba en su interior la desesperacion y la conformidad. La primera aparecia imponente y vencedora, apoyada con la perspectiva de una vida desgraciada y llena de sufrimientos; la segunda débil y próxima á extinguirse.

Mas esta acudió á la Religion, esa tierna madre que es nuestra guia en la vida y nunca nos desampara, y ésta la socorrió.

Recordóle á la jóven su fe y las santas creencias que su madre la enseñára y mandára conservar cual infalible talisman, y la conformidad venció á la desesperacion.

Verificóse una crísis saludable, sus ojos vertieron cuantiosas lágrimas, de su boca salieron palabras de dulzura, su corazon en silencio elevaba una plegaria y en su frente lució la aureola gloriosa del mártir.

Desde aquel dia el que era ángel de alegría convirtióse en ángel de consuelo y de dulzura, que la Religion Católica nos presta en sus salvadoras doctrinas, bálsamo santo que cicatriza las heridas de la desesperacion y nos da la conformidad.

No extrañeis, pues, que la palomilla percibiese en la jóven esa celestial dulzura que la bañaba toda, cual una luz de pálidos matices.

Nuestra mariposa no fué, como ordinariamente lo son sus semejentes, pasto de los pajarillos. Apénas dejó de existir fué separada de la cabeza de la jóven por el jóven que en su lado estaba. Despues de despedirse ambas familias por aquella noche, el jóven se retiró á su habitacion y allí la miró una y mil veces, mientras sus pensamientos se ocupaban de levantar castillos en el aire, que lisongeros le prestaban halagüeñas esperanzas. Satisfecho de contemplarla y cuandò sus pensamientos llegaron á lo más irrealizable de sus ilusiones, envolvió la palomilla en un papel, y éste lo guardó en una preciosa cajita.

Allí podriamos verla despues de algun tiempo conservada cuidadosamente, no como recuerdo, que yo creo que hay ciertos hechos que jamás se olvidan y no hay necesidad de recordarlos, pero sí como objeto querido que va adjunto al recuerdo amado.

Dentro de dicha cajita hay otros dos objetos; y si la curiosidad nos diera la virtud de ver lo que contienen al través de los blancos papeles que esmeradamente los envuelven, veriamos en uno una flor ya marchita y en el papel una fecha indeleble en la memoria del jóven; en el otro un retrato de una mujer.

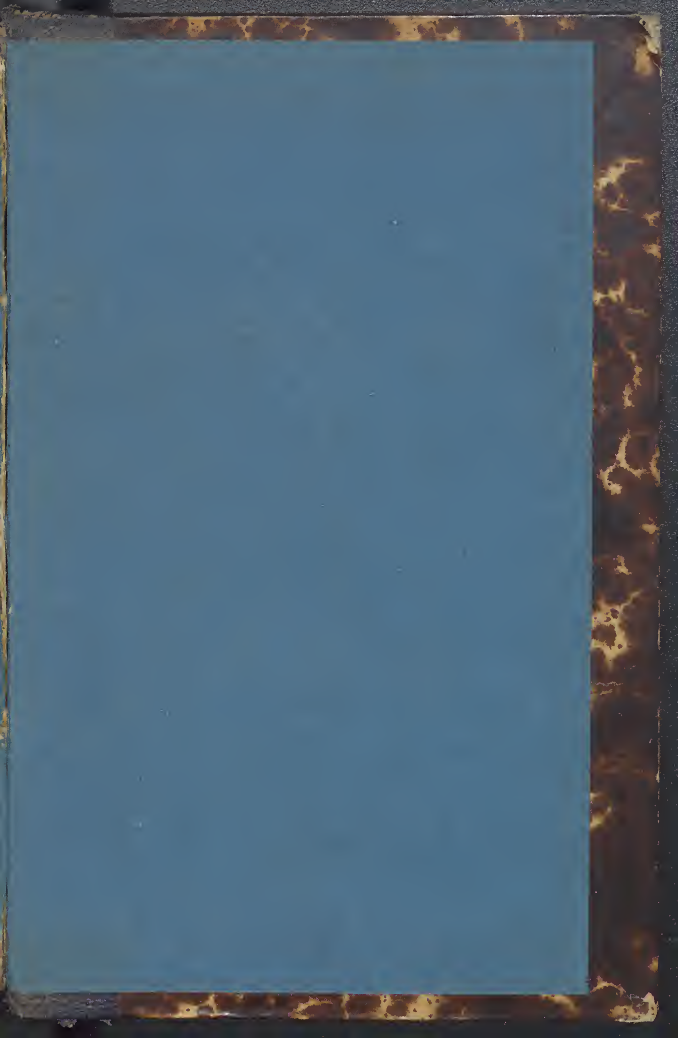
Si recordais vuestros sueños dorados en que unís vuestras esperanzas y deseos naciendo las ilusiones, y traeis á vuestra memoria la imágen que en ellos os forjais de vuestros amores, quizás podreis idear la hermosura del original del retrato, que mi pluma no es capaz de hacerlo, aunque en otro lugar lo pretendiera.

La influencia que en la existencia de ambos jóvenes pudo tener la disecada palomilla pudiera ser materia para una novela entera y verdadera, y no siendo mi intencion al tomar por primera vez la pluma el escribirla, me la callo.

Lo mismo hago con el resultado de esta influencia; pues si digo que despues de algunos años celebraron matrimonio en el que lucia ella un aderezo de diamantes figurando mariposas, si pondero su felicidad, etc., los que me leyeren literariamente, despues de maldecir una vez más mi pobre composicion, dirian disgustados que así concluye cualquier novelucha.

Pero si ciñéndome á la verdad dijese que nunca consiguieron unir sus manos, si bien nunca se separaron sus corazones y que fueron desdichados, aún conseguiria hacer derramar una lágrima, si no de los ojos, al ménos del corazon, del que me leyese, con el sentimiento, supliendo así lo mucho que á mis palabras falta.

Por consiguiente, me abstengo de ello, y fórmese cada cual á su capricho el fin de mi trabajo.




FOLLETOS
VARIOS